

Fábula de Posmo y el Salmón

FERNANDO MONTES, S.J.
JUAN M. LETURIA, S.J.

Erased un personaje llamado Posmo, joven y dinámico, típico representante del hombre de nuestro tiempo, auto-proclamado postmoderno. Nuestro buen Posmo fue invitado a visitar una de las maravillas de nuestra pujante economía: una Planta de Cultivo de Salmones.

Quedóse maravillado Posmo del ingenio de los técnicos para doblegar a la madre Naturaleza. Los huevitos de salmón maduran y florecen en miles de alevines que son alimentados en grandes estanques lacustres cordilleranos, mimando el entorno natural de su desarrollo. A medida que van creciendo, se les desciende de nivel, hasta que alcanzan su madurez en gigantescas jaulas pelágicas bombardeadas con toneladas de pellets de harina de pescado que no tardan en devorar, creciendo a sorprendente velocidad. Se inyecta en esas macroincubadoras un poderoso chorro de agua, simulando una corriente y ¡oh sorpresa!, de súbito los salmones se ponen a nadar vigorosamente contra la corriente, obedientes a atávicas programaciones impresas en sus minúsculos cerebros.

Junto con sorprenderse, no pudo Posmo menos que sonreír con suficiencia: ¡qué tontos los salmones! Cómo responden a la astucia humana que los hace moverse a su antojo. Era en verdad grotesco, aun penoso, el espectáculo de miles de salmones girando en círculo, nadando con vigor en contra de una corriente inexistente, tratando con denuedo de ir...a ninguna parte.

¡Pobre salmón del Pacífico! Un pez fuerte y hermoso, hecho para devorar océanos, para remontar corrientes azotándose contra las rocas, subiendo con violencia el curso de los ríos. Un pez maravilloso, veloz, acostumbrado a huir de los tiburones y a perseguir los cardúmenes de sardi-

nas. Un ser donoso y libre, reducido por el hombre a una penosa esclavitud. Girar y girar en redondo, engordar, hasta que las hembras, desovadas (para enviar, refrigerados, sus huevos a las cumbres) pasan a ser pasto de sus vástagos, espina y pellejo, desecho alimentario. Y los machos relucientes, luego de girar kilómetros sin ir a ninguna parte, se van en avión a las lujosas mesas de japoneses y vikingos.

¡Pobre salmón!, reflexiona el sofisticado Posmo. Da vueltas y vueltas en redondo, sin saber adónde va a parar...

Y, el buen y pobre Posmo, ¿sabe adónde va? El hombre de hoy, culto, reluciente, sin arrugas ni canas, dominador de la naturaleza, ¿adónde va?

Ay, pobre Posmo. El hombre, un ser libre e indómito, hecho para remontar las altas cumbres, para escalar insospechadas alturas y conquistar abismos insondables, para la comunión con Dios y sus hermanos... hoy, ¿adónde va? El sedicente hombre «postmoderno», tan lleno de infulas y escepticismos desesperanzados y desesperanzadores, no sabe adónde va («porque, en rigor, no va»). Conoce del consumo, y de postgrados universitarios, de fax, de jogging, whisky, sky, software, malls comerciales y tarjetas de crédito, pero no sabe dónde va.

El ser humano, que hoy quiere decirse postmoderno, no tiene a quien seguir, a quien amar, a quien entregar la vida. Ay, pobre Posmo... que gira y gira dando vueltas en redondo, como un tonto salmón de cultivo, a quien pareciera asimilarse...

¿Y si pudiéramos abrirle la jaula? ¿Devolverle la libertad, los sueños, los viajes al infinito? Pobre Posmo... lo haremos. Vamos a abrirte el horizonte. Te vamos a anunciar de nuevo el Evangelio. ■